

# CHURCHILL

## O LA

# INCONGRUENCIA

EDUARDO HARO TECGLÉN





HASTA QUE JORGE VI LE ENCARGA FORMAR GOBIERNO, WINSTON CHURCHILL ERA CONSIDERADO POR MÚCHOS INGLESES COMO UN AVENTURERO PINTORESCO Y EXTRAVAGANTE. EN LA FOTO, EL TODAVIA JOVEN DIPUTADO CONSERVADOR HACIENDO USO DE LA PALABRA EN UN ACTO PUBLICO. A LA IZQUIERDA, CHURCHILL, A SU SALIDA DEL HOSPITAL DE MIDDLESEX, DOS AÑOS ANTES DE SU MUERTE.

**E**L "caso Churchill" es una de las lecciones más espantosas de hasta qué punto la historia puede ser incongruente. Cómo un conservador duro y displicente llegó a ser la gran esperanza de sus enemigos de clase, en su país y en el mundo; cómo uno de los principales autores del "cordón sanitario" que cercó a Rusia a partir de la revolución soviética llegó a ser aliado de guerra de Stalin; cómo una persona que había fracasado en todas sus operaciones militares con graves pérdidas pudo tener en sus manos el ejército y las batallas más importantes de la historia; cómo un hombre que a los sesenta y cinco años era un brillante fracasado, pintoresco y extravagante, se convirtió en un mito mundial de

heroísmo y acierto político... Al celebrar, ahora, el centésimo aniversario de su nacimiento —30 de noviembre de 1874, en Blenheim Palace, hijo prematuro de Randolph Churchill y Lady Churchill—, todas estas contradicciones se suavizan. Se recuerdan apenas como anécdotas. Algunos críticos militares, algunos críticos políticos, analizan con más cuidado. Pero el mito está establecido para siempre.

En el pálido verano de 1940, muchos ingleses sentían vivamente como una desgracia que su país se hubiese entregado a un aventurero pintoresco y extravagante. Se decía que el Rey Jorge IV había encargado formar gobierno a Churchill con un profundo pesar. Chamberlain había caído.

Neville Chamberlain había sido nombrado primer ministro en 1937, en *circunstancias* en que la política exterior era esencial para el país. No tenía ninguna experiencia de ella —sus cargos habían sido municipales, luego estrictamente interiores—, pero tenía una intuición: la de que podía evitar que Hitler entrase en la guerra mediante conversaciones privadas con él. Chamberlain fue a ver a Hitler, a Berchtesgaden, a Godesberg, y finalmente celebró con él la conferencia y pacto de Munich, en septiembre de 1938. Ha sido fácil y frecuente, después, criticar el pacto de Munich como una cobarde entrega a Hitler de Checoslovaquia y como una muestra de sumisión a las amenazas. Sin embargo, Chamberlain y el francés Daladier fueron recibidos en sus países con manifestaciones de entusiasmo por haber puesto fin a la posibilidad de guerra (por cierto, para su gran sorpresa: creían que iban a ser recibidos con hostilidad y se encontraron en las estaciones con miles de personas que aplaudían y reían). Quizá lo que después se ha llamado "la traición de Munich" pudo servir, sobre todo, para permitir que Gran Bretaña se rearmase, para ganar un año precioso para la defensa. En cambio, condujo directamente al pacto germano-soviético: la URSS, no invitada a Munich, creyó que Francia y Gran Bretaña habían desviado el expansionismo alemán contra ella y que incluso podrían ser sus aliados en una guerra, obsesionados como lo estaban por el progreso del comunismo. Toda su política se le vino encima a Chamberlain cuando los nazis ocuparon Praga, en marzo de 1939, y cuando invadieron Polonia en septiembre: Gran Bretaña



LA CELEBRIDAD DE CHURCHILL VINO MOTIVADA POR SU ACTUACION AL FRENTE DEL GOBIERNO INGLES DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL. ARRIBA LE VEMOS EN MARZO DE 1942 INSPECCIONANDO LAS TROPAS DEL SOUTHERN COMMAND EN COMPAÑIA DEL EMBAJADOR TURCO, RAUF ORBAY. ABAJO, CON ROOSEVELT, DURANTE LOS DIAS DE LA CONFERENCIA DE YALTA.

declaró la guerra a Alemania, y Chamberlain presidió, vacilante, inseguro, los primeros meses de la guerra: dimitió cuando Alemania ocupó Noruega y murió seis meses después.

En mayo de 1940, Gran Bretaña se encontró en guerra y sin primer ministro. El sucesor designado era Lord Halifax, que presidía el partido conservador. Halifax había ido también a ver a Hitler, siendo ministro de Asuntos Exteriores de Chamberlain, pero sus puntos de vista eran distintos de los de su primer ministro. Se sabía que Halifax había tratado de forzar a Chamberlain a que tomase una actitud más firme con respecto a Alemania; se sabía que el cambio de actitud de Chamberlain a partir de la toma de Praga se debía especialmente a Lord Halifax. En mayo de 1940, Chamberlain deseó que su sucesor fuera Halifax. Pero Halifax se negó: no era miembro de la Cámara de los Comunes, sino de la de los Lores, y esto le parecía una desventaja importante para conducir un gabinete de guerra. Intervino el Rey, y Halifax repitió su negativa. Podría especularse acerca de los cambios que hubiese sufrido la historia si Halifax hubiese cedido, pero no pasaría de ser una especulación sin fundamento: tal vez hubiese sido todo igual. Lo que se puede saber con certeza es que, en ese caso, Winston Churchill no hubiese pasado a la historia, y habría terminado como un político fracasado...

Pero no había en aquel momento otro político conservador al que acudir. Todos estaban desgastados por los terribles años anteriores y por los meses de guerra. Winston Churchill, en cambio, estaba *entero*. Churchill no había considerado nunca la guerra como una calamidad,

sino que había hecho suya la frase del Krompitz, "la guerra, fresca y alegre...". Había criticado severamente la política apaciguadora de Chamberlain, había gritado contra Munich. Dentro del partido conservador, esto era una incongruencia. Recordemos algo que el tiempo y las conveniencias han borrado: la derecha europea no estaba contra Hitler. La derecha europea estaba claramente contra la Unión Soviética por la posibilidad de que ésta expandiese la revolución mundial. El fenómeno del antifascismo era una cuestión de las izquierdas, y produjo los frentes populares; la derecha temía más a los frentes populares que al fascismo. El propio Churchill, cuando visitó a Mussolini en Italia, le expresó su profunda admiración y hasta su envidia por haber logrado un régimen fuerte y seguro, que en su país no le parecía posible, aunque sí deseable. Los manejos de la derecha europea consistían principalmente en mantenerse fuera de la guerra que se avecinaba con la esperanza de ver a Stalin y a Hitler destrozarse mutuamente: Hitler devoraría el comunismo para siempre, pero quedaría tan maltrecho que Gran Bretaña y Francia podrían fácilmente ejercer una hegemonía en Europa y dominar fácilmente las revueltas obreras, los partidos comunistas. Hay que saber que los colaboracionistas franceses con los ocupantes nazis no surgieron del miedo, de la coyuntura o de la indiferencia, sino muy claramente de una derecha fascista o fascistizante. En Gran Bretaña se cubre con el velo de discreción la existencia de personalidades que estaban dispuestas no ya a pactar con Hitler —que lo hicieron—, sino a colaborar

con él en caso de una ocupación de las Islas.

Por esto se puede comprender que Churchill estuviese aislado dentro de su propio partido. Los conservadores le consideraban demasiado belicoso. Cuando fue nombrado primer ministro, el 10 de mayo de 1940, fue mejor recibido por los laboristas que por los propios conservadores. En el seno de su partido había despertado enormes antipatías: por su carácter excesivamente aristocrático, por su aclamación continua de la guerra y por un episodio inolvidable: había sido conservador en los orígenes de su carrera política, se había pasado al partido liberal durante unos años y luego había vuelto al conservador. Este carácter de transfuga está mal considerado en Gran Bretaña. Si los conservadores no se lo habían perdonado, los liberales aún mucho menos. La izquierda tenía mucho más que perdonar a Churchill: su manera brutal de disolver las huelgas, cuando era ministro del Interior. Pero para la izquierda, Churchill parecía en aquel momento el único conservador capaz de guerrear contra Hitler con algunas esperanzas.

La afición de Churchill por la guerra fue un rasgo permanente en él desde sus primeros años. Alumno —mal— de la escuela militar de Sandhurst, había querido estar presente siempre en los frentes de combate imperiales. Incluso en los ajenos: luchó junto a los Estados Unidos contra España en la guerra de Cuba. Luchó en la India, en el Sudán, en Sudáfrica contra los boers (fue como corresponsal de guerra, pero no pudo evitar tomar las armas; fue hecho prisionero y escapó en una larga *odisea* que le valió la popularidad en el país y un escaño en los

Comunes, pero que dejó siempre un velo de reprobación entre los militares: Churchill, para escapar, había tenido que violar una palabra de honor dada a los boers de que no lo intentaría). Se ha dicho de Churchill que su afición por la guerra procedía de un romanticismo connatural; se ha dicho que tenía un alma de príncipe italiano del Renacimiento. Algunos críticos más sutiles han creído poder opinar que Churchill era algo más importante que el héroe que sus acciones personales dibujaban: era un cobarde que se dominaba y se forzaba hasta el punto de resultar temerario, y que precisamente su afición a la guerra se debía al desafío a su propia condición...

Se puede ser un héroe y al mismo tiempo un militar pésimo. Churchill lo fue. En 1915,

siendo Lord del Almirantazgo, preparó, planeó y ejecutó la batalla de los Dardanelos: costaría 250.000 bajas en Gallipoli. Una catástrofe de tal magnitud que Churchill tuvo que dimitir: terminaría la guerra como coronel en el ejército expedicionario británico que luchaba en Francia. Pero pronto emergería otra vez como político, y sería en 1918 para reclamar el envío de fuerzas a Rusia para ayudar a los blancos en la guerra civil, y después para imponer el cordón sanitario que cercase al comunismo.

En 1940, Churchill tenía una virtud que le distinguía de todos los políticos: era un hombre al que gustaba la guerra, y el país estaba en guerra. Los demás habían intentado contenerla, pensaban aún en cómo zafarse de ella. Churchill la hacía frente.

Estaba en su medio, en su mundo. Cuando fue nombrado primer ministro, dijo que Inglaterra estaba "in the finest hour", en la hora más hermosa, cuando todos pensaban que, por contrario, atravesaba el período más negro de su historia. Luego, ofreció un desastre: "No tengo que ofrecer nada más que sangre, sudor, lágrimas...". Entonces se produjo lo que nadie creía posible: un contacto directo entre Churchill y el pueblo. De alguna forma, el aristócrata lejano se había aproximado a los hogares ingleses, y había saltado la chispa. Hay personas en Inglaterra que recuerdan el trágico verano de 1940 como la época más feliz de su vida y, realmente, como la "finest hour" de la nación: todos estaban unidos; todos



DESDE FINALES DE 1940 HASTA 1945, SIR ANTHONY EDEN ESTUVO AL FRENTE DEL FOREIGN OFFICE, DIRIGIENDO TAMBIÉN A PARTIR DE 1942 LA CÁMARA DE LOS COMUNES. EDEN ERA CONSIDERADO COMO EL «LUGARTENIENTE» DE CHURCHILL, A QUIEN SUCEDIÓ COMO PRIMER MINISTRO Y JEFE DEL PARTIDO CONSERVADOR EN 1955. LA IMAGEN NOS MUESTRA A AMBOS POR LAS CALLES DE LONDRES.

tenían una causa común, y todos sabían que podían ganar. Todos estaban con Churchill.

El mito comenzó a crecer desmesuradamente desde ese momento. Algunos militares y, sobre todo, algunos críticos militares, mantienen que la guerra se ganó "a pesar de Churchill", que daba órdenes y elaboraba planes imposibles. En cierto modo, era una correspondencia de Hitler, que confiaba a su propio genio las batallas que no confiaba a la preparación y a la experiencia de sus militares. Era la contrafigura necesaria. Tenía Churchill lo bastante de civil como para que los civiles le considerasen como suyo, y lo bastante de militar como para poder ser escuchado en las reuniones de guerra. Sus discursos eran enfáticos y retóricos (pronunció unos dos mil en toda su vida); habían sido criticados en el Parlamento porque estaban lejos de la oratoria moderna, y por el tonillo de clase superior con que los pronunciaba, por la agresividad de sus frases; pero ahora eran un arma de guerra. Retórica, nacionalismo, imperialismo, personalismo: los defectos de Churchill se habían convertido en virtudes.

Pero terminó la guerra y Churchill volvió a ser el enemigo de clase. Todos sus viejos vicios estaban otra vez de manifiesto: recuperaba su enemistad por la Unión Soviética (fue él el inventor de la expresión "telón de acero", en su discurso de la Universidad de Fulton) y hacía quebrar la alianza de guerra. Quería asegurar la permanencia del Imperio ("No he llegado a ser primer ministro del Rey para presidir la liquidación del imperio británi-

co"), guerreando de nuevo en la India, que quería ser independiente; y se quedaba fuera de la corriente histórica; pretendía restañar las heridas económicas de la guerra con una legislación de extrema derecha que cargaba sobre las clases humildes. Su personalidad, su carácter férreo, su desdén por las opiniones de los demás (características antiguas, pero acrecentadas por su ejercicio de suprema voluntad en la guerra) eran demasiado fuertes para una democracia: Churchill podía haber ejercido una dictadura en Gran Bretaña. Pero Gran Bretaña se desprendió fácilmente de él. Aún sonaban los disparos de la guerra cuando, en 1945, Churchill fue derrotado en unas elecciones generales que supusieron el mayor

triunfo de los laboristas en la historia. Aún batallarían Churchill unos años: como Jefe de la Oposición, como primer ministro de nuevo en los primeros años de la década de los cincuenta... Pero su actuación política ya no hacía más que empañar el mito. Viviría diez años más, hasta 1965: años de escribir memorias, recuerdos de guerra. Y de reposar su vejez, que le debilitaba continuamente.

En noventa y un años de vida, Winston Spencer Churchill había conectado enteramente con la historia durante cinco, de 1940 a 1945. Todo el resto de su vida fue ahistórico. Pero esos cinco años han bastado para teñir por siempre su figura y para poner en el más alto pedestal a un mito. ■ E. H. T.



LA «V» DE LA VICTORIA SE CONVIRTIÓ EN UN GESTO TÍPICO DE CHURCHILL, TRAS LA DERROTA DEL NAZISMO EN 1945. EL SIGNO DE TRIUNFO MARCADO CON LOS DEDOS LE ACOMPAÑÓ HASTA SU MUERTE, ACAECIDA VEINTE AÑOS MÁS TARDE.